

De la guerra de desgaste a la guerra de movimientos

León Trotsky

24 de marzo de 1916

(Versión al castellano desde “De la guerre d’usure à la guerre de mouvement”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Primero, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 123-125; publicado por primera vez en *Nache Slovo*, 24 de marzo de 1916, después en las *Obras* de Trotsky, Ediciones del Estado, Moscú-Leningrado, 1922)

Cualquiera que sea el resultado de la infernal batalla de Verdún, tiene un inmenso significado político para ambos países. Una prolongada guerra de desgaste se ha convertido en una imposibilidad psicológica y material para ambos bandos. Las clases dirigentes, que conocen mejor que nosotros el terreno en el que luchaban, los recursos de los que aún disponen, la mentalidad del soldado y las medidas a tomar, se enfrentan a la necesidad imperiosa de pasar de una “guerra de desgaste” a una guerra de “movimientos”. La prensa francesa explica la ofensiva alemana frente a Verdún como un “vano capricho” del títere que lleva el título de “Kronprinz”. ¡Como si los acontecimientos de la guerra no hubieran sobrepasado de largo a todos los fantoches dirigentes! La “guerra de movimientos” le convenía al Kronprinz, pero bajo este título ¿no continúa la lucha política medio reprimida que ha adquirido un carácter tan agudo en Francia, precisamente en vísperas de la batalla de Verdún? Clemenceau, el famoso “derribador” de gobiernos, exigió que el gobierno explicara cómo pensaba salir del atolladero de la guerra de trincheras... Se le dijo que la dirección de las operaciones militares era responsabilidad del alto mando. “Si no es usted responsable [respondió Clemenceau], al menos lo es en lo que respecta a la elección de quienes dirigen estas operaciones.” Este diálogo, que duró meses y que ha irritado tanto a los adversarios de Clemenceau como a aquellos que quería convertir en partidarios suyos, acabó por ir más allá de lo que el “Tigre” quería y dio que pensar. “¿Por qué la guerra de desgaste debe llevarnos a la victoria? Para expulsar al enemigo, hay que iniciar una guerra de movimientos. ¿Por qué no lo hacemos?”

La pequeña burguesía representada por el radicalismo (esa mezcla de impotencia ideológica e irresponsabilidad política en lo que concierne a las proporciones mundiales de la guerra) repite sin cesar: “¿Cuándo terminará? ¿Por qué no hacemos una guerra de movimientos?”, y mira interrogativamente a los poderes fácticos, que responden que eso es asunto exclusivo del alto mando. En lugar de darse cuenta de las condiciones técnicas y sociales de la guerra actual, el radicalismo recurre a las recetas “salvadoras” de la Gran Revolución. Pide ayuda a las sombras del Comité de Salvación Pública, a la Convención, a los jóvenes generales entre el triunfo y la guillotina, a los representantes en misión ante los ejércitos, etc. Estas recetas constituyen el remedio infalible que conduce a la victoria. Junto a los generales y coroneles retirados, junto todos estos estrategas de despacho, han aparecido nuevos profesores radicales de historia que iluminan cada día a la opinión sobre las concepciones del estado mayor. No vale la pena añadir que los socialistas no se elevan ni un centímetro por encima de estos arcaísmos¹. Renaudel ha tomado prestada de Vaillant la idea del Comité de Salvación Pública. Para llegar a la guerra de movimientos, es necesaria una concentración suprema de poderes o una dictadura “revolucionaria” que represente la soberanía popular en un Comité de Salvación. El escéptico Clemenceau ha retomado la “idea”, no sin cierta ironía. Si la salvación proviene de la concentración de poderes, ¿por qué el gobierno no crea ese

¹ Arcaísmos: concepciones, ideas y palabras caídas en desuso.

organismo? Simplemente porque el gobierno es muy distinto de la mayoría radical del parlamento. El gobierno actúa y delibera entre bastidores, al igual que el alto mando, y la asamblea capitula cada vez que el poder plantea la cuestión de confianza.

Pero si esta posición de poder supraparlamentaria, por lo demás sometida al alto mando, incita al campo radical a reclamar una dictadura jacobina, en la derecha se inclina por el cesarismo. En el *Figaro*, Capus publicó una carta del “Emperador” a “mi fiel general Sarrail” y otra a “mi primer ministro Briand”. De estas dos cartas, escritas al más puro estilo académico, pues dos y dos son cuatro, se desprende que, para salvar a Francia, ¡no falta más que el César! (No olvidemos que César salió de ese comité). La pasividad del parlamento ante el gobierno se había vuelto intolerable, al igual que el inmovilismo en el frente.

“¡La guerra de movimientos!” La artillería pesada frente a Verdún denota el desengaño reinante en el “otro” lado de las líneas. “Allí” tampoco pueden aguantar más, buscan una “guerra de movimientos”. La guerra revela su carácter más atroz e infernal a todos los pueblos. El estruendo de las armas es la expresión de la crueldad suprema, pero también del miedo de los dirigentes ante el impasse. Sea cual sea la importancia militar de los combates de Verdún, su importancia política es incomparablemente mayor. ¡En Verdún es donde se eleva “nuestro” próximo día! En Berlín y en otros lugares, “ellos” han querido la guerra de movimientos... ¡la tendrán!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es